

MAYO 68, DE LA REVUELTA ESTUDIANTIL A LA HUELGA GENERAL.
SU IMPACTO EN LA SOCIEDAD FRANCESA Y EN EL MUNDO
*MAY '68: FROM THE STUDENT REVOLT TO THE GENERAL STRIKE. ITS IMPACT ON FRENCH
SOCIETY AND ON THE WORLD*

Jaime Pastor Verdú
UNED

RESUMEN

La revuelta estudiantil y la Huelga General que paralizaron el país en mayo del 68 no sólo pusieron en cuestión el régimen gaullista, sino también las bases del «consenso» de posguerra en las sociedades del «Norte», en torno a un modelo de sociedad capitalista del «bienestar» que ocultaba sus relaciones de dominación con el «Sur». También condujeron a un cuestionamiento de la política de la izquierda tradicional y a la búsqueda de políticas alternativas, tanto en Francia como en muchas partes del mundo.

Palabras clave: Revuelta estudiantil, huelga general, Internacional Situacionista, los otros 68, Gran Rechazo, globalización, políticas alternativas.

ABSTRACT

The student revolt and the General Strike that paralysed the country in May '68 not only called into question the Gaullist regime, but also the basis of the post-war consensus in «Northern» societies, around a «welfare» capitalist model of society concealing its relationship of domination over the «South». They also led to a questioning of the policies of the traditional left and the search for alternative policies, both in France and in many countries of the world.

Key words: Student revolt, general strike, International Situationist, the other '68, Great Rejection, globalisation, alternative policies.

SUMARIO:

– Antecedentes y estallido de una «revolución». Francia como referente. – Un acontecimiento global. – «Mayo 68, inicio de una lucha prolongada». Un nuevo ciclo histórico.

¿Hubo en 1968 y en sus prolegómenos aquí resumidos un peligro o una amenaza de ruptura del orden global existente? Vistas las cosas a un cuarto de siglo de distancia, la respuesta parecería ser negativa. Vividas en aquellos años por sus protagonistas, ciertamente estaban convencidos de lo contrario. Pero sin esa creencia, ni el 68 habría llegado a ser lo que en realidad fue, ni tampoco ningún otro momento de la historia.

Adolfo Gilly¹

Cuando se han cumplido ya cuarenta años de las jornadas vividas en el definitivamente mitificado 68, muy diversas son las interpretaciones que cabe encontrar dentro de la nueva ola de publicaciones que han proliferado, tanto en Francia como en otras partes. En líneas generales y arriesgando caer en el esquematismo, podría decirse que han predominado las versiones culturalistas, las despolitizadas o las que tienden a reducirlas a una mera revuelta generacional; ha habido incluso otras más interesadas y distorsionadoras, víctimas del «presentismo», como ha sido el caso de aquéllas que, como la de Muñoz Molina (2008), han llegado a descalificar a la juventud parisina de entonces, considerando que lo que proponía como alternativa era un modelo «totalitario».

Por mi parte, en este artículo defenderé la tesis de que el año 1968 fue un acontecimiento global que tuvo su expresión más alta y politizada en el «Mayo francés», precisamente porque allí se produjo la confluencia, pese a sus tensiones, entre el movimiento estudiantil y el movimiento obrero a través de una Huelga General que generó un vacío de poder innegable, al menos durante unos días clave en los que la historia se podía haber escrito de otra manera. Porque, sin negar las dimensiones cultural y generacional de aquella revuelta global, obviar su profundo alcance político, no sólo en Francia, sino también en Checoslovaquia, México o incluso EE. UU. (¿acaso la denuncia del papel de ese país en la guerra de Vietnam no implicaba una confrontación abierta con su Gobierno?), significa una deformación grosera de la historia. Por eso tiene sentido el lugar que en ésta han atribuido a ese año investigadores como Immanuel Wallerstein (1993: 97), al considerar que lo que se produjo fue «una revolución en el sistema-mundo», ya que «las realidades cultural/ideológicas de ese sistema/mundo han sido cambiadas de manera definitiva por el acontecimiento, que es él mismo la cristalización de ciertas tendencias estructurales endógenas de larga duración del sistema».

1. GILLY, Adolfo (2002): *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*. México: La Jornada Ediciones, p 77.

Antecedentes y estallido de una «revolución». Francia como referente

Para tratar de comprender el estallido de ese acontecimiento, conviene recordar los principales factores que contribuyeron a su irrupción, apenas prevista por nadie. El primero que cabría destacar fue el cenit al que estaba llegando la etapa de expansión capitalista de posguerra, en el marco de los pactos interclasistas del Estado de bienestar occidental, con los signos anunciadores de una crisis económica (recesión alemana en 1967) que irrumpiría drásticamente a partir de 1971-1973 (crisis del dólar y del petróleo) y que empezaba ya a generar malestar creciente frente a la tendencia al aumento del paro. El segundo, la crisis del «modelo» burocrático de transición al socialismo en Europa del Este, en un contexto de ascenso de expectativas sociales, especialmente, en aquellos países en donde su incorporación al bloque soviético había sido forzada desde el exterior; paralelamente, la ruptura de la China de Mao, sometida a su vez a fuertes convulsiones internas bajo el impacto de su «Revolución Cultural», con Kruschov abría la puerta a un cuestionamiento de la hegemonía de la URSS dentro de ese bloque. El tercero, el auge de los procesos de liberación nacional que se estaban dando en distintos países del «Tercer Mundo», después de las revoluciones cubana y argelina y con la guerra de Vietnam –la primera guerra televisada– como principal centro de atención mundial. No olvidemos que la ofensiva del Têt, iniciada a finales de enero de 1968 por el Frente de Liberación Nacional vietnamita, la inauguración práctica de ese año, ya que pese a no triunfar militarmente, mostró la vulnerabilidad del «gigante» estadounidense ante todo el mundo, generando así lo que luego se conocería como el «síndrome de Vietnam» dentro de la sociedad norteamericana y convirtiéndose en un estímulo para llevar a cabo lo que ya había propuesto Ernesto «Che» Guevara (convertido en un símbolo de la rebeldía tras morir en octubre del 67 bajo las balas del ejército boliviano) como expresión de lo que aparecía como un nuevo internacionalismo: «crear dos, tres, muchos Vietnam».

A la confluencia de esos tres factores habría que sumar otro dato imprescindible para tener en cuenta el papel de catalizador que iba a jugar el movimiento estudiantil: la progresiva ampliación de las capas de jóvenes que accedían a las Universidades, unida al crecimiento demográfico de posguerra, principalmente en Occidente pero también en el Este, debida tanto a la presión democratizadora como a la mayor necesidad de formar una fuerza de trabajo cualificada al servicio de los avances tecnológicos que estaban introduciéndose, en lo que se calificaba ya entonces como «revolución científico-técnica». Si a ese proceso añadimos los movimientos contraculturales que, iniciados sobre todo en EE. UU., se extienden progresivamente a otras partes del mundo, gracias a la música, al cine y a la nueva literatura y a su amplia difusión por radio y televisión, con los consiguientes cambios en el plano de la

vida cotidiana y las relaciones sexuales, tenemos un panorama más o menos aproximado de cuál era el contexto en el que se fue configurando la juventud de entonces como una fuerza social masiva en ascenso, adquiriendo de este modo conciencia de su potencial como actor colectivo –político, social y cultural– en las universidades, pero también en los institutos y centros de formación profesional que empezaron a proliferar.

A todo esto habría que añadir un fenómeno nada secundario como fue la influencia que tuvo el fuerte contenido social crítico del Concilio Vaticano II en la relativa legitimación del proceso de radicalización que se estaba produciendo entre amplios sectores populares católicos, especialmente en el Sur de Europa y en América Latina, con el consiguiente desbloqueo de sus relaciones con la izquierda en general.

Toda esta conjunción de tendencias de cambio fue contribuyendo a que se fueran sentando las bases de lo que significaría el año 68: la ruptura del «consenso» posterior a la Segunda Guerra Mundial, no sólo en el seno de «Occidente», sino también en el Este y, sobre todo, frente a los límites que se marcaba al «Tercer Mundo» más allá de su acceso –pacífico o violento según los casos– a su independencia política formal, volviendo así a poner de actualidad la posibilidad de revueltas y revoluciones capaces de triunfar y de ofrecer otros proyectos de sociedad.

Todos los procesos antes mencionados se fueron concentrando con mayor peso en Francia, en donde no hay que olvidar que la guerra de Argelia había servido ya de «laboratorio» de protesta de una nueva generación, que se enfrentaría abiertamente tanto con el gaullismo como con un PCF con fuerte raigambre estalinista. No es cuestión ahora de relatar la sucesión de hechos que se produjeron durante estas jornadas, ampliamente conocidos; simplemente, me limitaré a resaltar cómo, con ese trasfondo, el malestar estudiantil que se había expresado en años y meses anteriores (jugando un papel pionero e innovador en esa labor el reducido grupo de la Internacional Situacionista, con su manifiesto *Acerca de la miseria en el medio estudiantil, considerada en sus aspectos económico, político, psicológico, sexual y sobre todo intelectual y sobre algunos medios para ponerle remedio*, y, en el mismo 68, el movimiento 22 de marzo, constituido en Nanterre) se transformó pronto en una protesta masiva, en la que se mezclaba la crítica de la «miseria del medio estudiantil» con la denuncia de la represión policial y académica, la solidaridad con el pueblo vietnamita e incluso con los jóvenes Jacek Kuron y Karol Modzelewski detenidos en Polonia por denunciar a la burocracia estalinista.

En efecto, con el detonante de la protesta contra el cierre de la Universidad de Nanterre el 2 de mayo, los estudiantes se concentraron en la Sorbona, en pleno centro del Barrio Latino parisino, sucediéndose luego las noches de las barricadas («...cierran la calle

pero abren el camino»), las manifestaciones masivas y, sobre todo, la «toma de la palabra» de los estudiantes, que se extiende rápidamente a otras Universidades y a sectores sociales y de la cultura muy diversos (como el Festival de Cannes, suspendido el 18 de mayo, pese a la oposición de su director, por iniciativa de Godard, Truffaut, Malle, Polanski, Lelouch y Saura, entre otros) hasta llegar, a partir sobre todo del 13 de mayo, a las fábricas y a todo tipo de centro de trabajo. Se van juntando así la solidaridad con los estudiantes, el resentimiento frente al reparto injusto de los frutos del crecimiento económico de la posguerra, el hartazgo respecto a un régimen gaullista surgido de lo que el mismo Mitterrand calificó como un «golpe de estado» y, en fin, la insatisfacción frente a una «modernidad» que no oculta su despotismo estructural, ejemplificado en el comportamiento de las fuerzas policiales («CRS=SS» se convierte en un eslogan que las asocia con el nazismo).

Todo esto contribuye al salto hacia un movimiento de Huelga General masiva (con ocupaciones de muchas fábricas, como la fortaleza obrera de Renault-Billancourt, y experiencias avanzadas de huelga general activa como la de Nantes²), pese a las reticencias de las direcciones sindicales –cuya moderación se pretendía justificar demagógicamente acusando a los estudiantes de «hijos de la burguesía» aventureros e incluso tachando despectivamente a Daniel Cohn-Bendit, expulsado del país por el Gobierno, de «judío alemán»– para convocarla. Fue en los días siguientes, del 24 al 30 de mayo, cuando se fue produciendo esa «vacance du pouvoir» que contribuyó a popularizar eslóganes como «la imaginación al poder», «el poder está en la calle», «seamos realistas, pidamos lo imposible» o «gobierno popular», y que creó la sensación colectiva de que el Estado había desaparecido frente a la fuerza colectiva de un movimiento que había desencadenado la huelga general más masiva en la historia de Francia y que parecía imparable. Porque ésa fue la percepción que se tuvo entonces: aunque no era en realidad una «revolución», sí se vivió como tal, «como si lo fuera», revelando así la fragilidad del orden capitalista, como lo tuvo que reconocer el intelectual orgánico de la derecha, Raymond Aron, en sus debates con Edgar Morin³ o Jean-Paul Sartre. Fue precisamente éste último, uno de los grandes intelectuales franceses de la

2. Refiriéndose a ese proceso en las fábricas, Alexandre Biloux (1988-1989: 99) precisaba lo siguiente: «Es cierto que esas experiencias no se generalizaron por todas partes. Pero en todas partes tuvo lugar una liberación de la palabra, una voluntad de decidir colectivamente, de expresarse, de hablar. Estas huellas permanecieron durante mucho tiempo en la conciencia colectiva». Por eso lo más relevante fue el desarrollo de la «insubordinación obrera» (ése es el título de una obra de Xavier Vigna (2007) antes incluso, durante y, sobre todo, después de Mayo (Vigna marca el fin de ese ciclo en 1979, con la huelga de trabajadores del metal en Lorena) y el impacto que tuvieron las nuevas formas de lucha y debates como el que giró en torno al control obrero y la autogestión, como se reflejó en la lucha de los trabajadores de LLP en 1973).

3. Poco tiempo después de esas jornadas, Aron, pese a negarles la categoría de «revolución», escribió: «En otras palabras, la lección que saco de los acontecimientos de mayo coincide en un punto con la que Edgar Morin o Claude Lefort sacan: la fragilidad del orden moderno. Ellos se felicitan y yo muestro mi inquietud» (1968: 4). Carlos Saura ha recordado, cuarenta años después, el ambiente que entonces se respiraba desde Cannes: «Se había producido un vacío de poder fascinante e inquietante (...). Nadie sabía por dónde iba a decantarse la revuelta. Era imposible predecir un desenlace». (*El Mundo*, 15/5/08, p. 54)

posguerra mundial, quien, junto con su compañera y autora de una obra pionera del nuevo feminismo, *El segundo sexo*, Simone de Beauvoir, tomó muy pronto partido a favor de los estudiantes rebeldes, cuya irrupción en la escena política veía como un «grupo en fusión» capaz de convertirse en agente de «expansión del campo de lo posible» frente a la «real politik» dominante.

Pero las limitaciones de ese movimiento –débil grado de autoorganización en las fábricas y ausencia de un marco de coordinación a escala estatal de los comités de huelga que fueron surgiendo; composición casi exclusivamente estudiantil de la «nueva izquierda» emergente; escaso tiempo para superar el «consenso» en torno al Estado de bienestar como único horizonte posible para amplias capas de trabajadores–, unidas al papel de freno, en último término decisivo, que jugaron las direcciones sindicales y el PCF para contener y bloquear la dinámica abierta de confrontación con el gaullismo y la patronal, permitieron que éstos fueran reconduciendo la situación apelando a la «mayoría silenciosa» con el discurso del «Gran Miedo» (acompañado de la consiguiente amenaza de intervención militar mediante el viaje de De Gaulle a Baden-Baden el 29 de mayo) frente a las «Grandes Ilusiones» que se habían generado durante esos días. Todavía el 1 de junio, los jóvenes contestatarios se manifestaron gritando «Es sólo el comienzo, la lucha continúa» y denunciando la «farsa electoral» que se anunciaba ya. Pero el viento soplabá ya en sentido opuesto: las direcciones sindicales consiguieron imponer los Acuerdos de Grenelle (concretados en aumentos salariales del 14% y en la extensión de los derechos de los sindicatos a las fábricas y firmados por Gobierno y sindicatos el 27 de mayo), pese a las fuertes resistencias dentro de las organizaciones sindicales y de las grandes fábricas para aceptarlos y volver al trabajo, desviándose finalmente el conflicto a un terreno electoral que, una vez restaurado el «orden», daría la victoria al partido gaullista.

Se acababa así con esa explosión social, no sin antes emprender una campaña de criminalización e ilegalización de los grupos «izquierdistas» acusados de ser los principales actores de aquella «pesadilla», mientras se concedía la amnistía al general Salan y a otros torturadores de la guerra de Argelia. No contento con la «normalización» impuesta a finales de junio, todavía De Gaulle en su discurso del 31 de diciembre de ese mismo año concluyó su mensaje con estas palabras: «Enterremos finalmente a los diablos que nos han atormentado durante el año que se acaba». Meses más tarde, después de haber perdido el referéndum sobre la reforma del Senado, De Gaulle dimitió como Presidente de la República.

Muchas han sido las discusiones que ha provocado el desenlace de ese «Mayo francés», pero generalmente se ha tendido a polarizar el debate en torno a posiciones extremas: es lo que hicieron fundamentalmente los partidarios de los Acuerdos de Grenelle

y de la «inevitabilidad» de la vía de negociación con el gaullismo, aduciendo que la «toma del poder» por el movimiento era imposible. Sin embargo, si bien es cierto que algunos sectores izquierdistas pensaron que esto último era posible, en términos más generales, lo que se planteó entonces, incluso por parte de sectores de izquierda socialista o del Partido Socialista Unificado (PSU) –un partido con creciente influencia en el sindicato de origen católico Confederación Francesa Democrática de Trabajadores (CFDT), el cual conoció un proceso de radicalización notable en esos meses– fue que se podía haber ido mucho más lejos de unos Acuerdos que redujeron esas jornadas a un movimiento reivindicativo, reprimiendo así su dimensión política y abiertamente enfrentada al régimen gaullista. Era la caída de éste la que podía haber aparecido como una vía alternativa, que hubiera permitido luego la profundización de un proceso de movilización y autoorganización obrera y popular, cuyo alcance habría sido entonces imprevisible.

En cualquier caso, es cierto que la lectura mayoritaria de los grupos «izquierdistas», cuyo referente histórico principal era entonces la revolución rusa, fue que lo que se había vivido en mayo era un «ensayo general», similar a lo que significó 1905 en Rusia, y por tanto a lo que había que prepararse era a una verdadera revolución, a un nuevo 1917 incluso a corto plazo: la solución se veía en la construcción de nuevos partidos revolucionarios, de nuevas vanguardias como corolario de esa tesis, abrazada con toda ilusión por esa nueva generación, con la consiguiente impaciencia y, luego, frustración e incluso desesperación de muchos de sus miembros durante los años posteriores; pero ésa es otra historia que no corresponde analizar aquí. Es significativo también que, independientemente de esos errores posteriores, la experiencia vivida en Mayo condujo a muchos y muchas de sus activistas a un interés por la historia de las revoluciones y los movimientos sociales que buscaba aprender no sólo de las experiencias triunfantes sino, sobre todo, de las fracasadas pero más radicales, como la Comuna de París de 1871 (la autodefinición como «Comuna» de procesos avanzados de autoorganización, como el de Nantes, no fue casual) o la Catalunya de julio de 1936 (con un ensayo autogestionario que servía, a su vez, de referente para una nueva convergencia entre marxistas «heterodoxos» y anarquistas).

Volviendo a Mayo, lo que interesa extraer de los mensajes, discursos e innovaciones constantes que esas jornadas de efervescencia colectiva estimularon es la irrupción de lo que Herbert Marcuse definió como un «Gran Rechazo», expresado en unas señas de identidad «anti». Antiimperialismo, anticapitalismo, antiestalinismo y antiautoritarismo (antigaullismo en el caso francés) fueron rasgos ampliamente comunes de lo que entonces proliferó y que ha sido reconocido, al margen de las autobiografías interesadas y parcialmente reinventadas por algunos de sus protagonistas mediáticos, gracias a la labor de una corriente historiográfica

que ha ido directamente a las fuentes originales; ése es el caso de trabajos como el de Kristin Ross (2008), por mencionar sólo una obra recientemente publicada en castellano. Porque, efectivamente, fueron esos «anti» el denominador común de la «toma de la palabra» colectiva que se produjo entonces y que ayudaría precisamente a que el Mayo francés no pudiera verse disociado (frente a lo que sostiene ahora Muñoz Molina) de lo que ocurría en Vietnam, Praga, Detroit o México. Era una subjetividad común rebelde, motivada fundamentalmente por la indignación frente a las injusticias que se percibían entonces (con la guerra de Vietnam como máxima expresión), la que se expresaba en distintas partes del mundo, principalmente entre los jóvenes, pero también entre quienes ya no lo eran tanto y también se sentían partícipes de esa revuelta global, como también pudo comprobarse en las historias de vida de activistas de muy distintos países, reflejadas en obras colectivas como la coordinada por Ronald Fraser (1988).

Es cierto que ese «Gran Rechazo» no condujo a un imaginario colectivo que fuera efectivamente compartido por la gran diversidad de corrientes que se fueron abriendo camino después y que tendrían diferentes recorridos. No obstante, sí cabe destacar, como observaría Pierre Rossanvallon, que durante esas jornadas, mediante la oposición a lo que Cornelius Castoriadis definió como «heteronomía constituida», lo que se fue afirmando como respuesta fue una «galaxia auto», una voluntad de rechazo de la obediencia y la dependencia de «los de arriba», formulada en términos de un «nosotros» (aunque todavía expresado en términos machistas) solidario, que se reflejaría en sus variantes de «autonomía», «autoorganización», «autogestión», «autodeterminación». Puesto que esa «galaxia» se insertaba en un marco general en el que «cambiar la vida» (Rimbaud) y «transformar el mundo» (Marx) no aparecían disociados sino estrechamente unidos⁴, no es difícil entender por qué luego se abriría paso el eslogan «lo personal es político» y, con él, el nuevo feminismo; del mismo modo que la crítica del situacionismo a la sociedad del espectáculo y del consumismo ayudaría a la irrupción de un ecologismo político de tipo libertario.

Porque en esto es en lo que análisis realizados bastantes años después, como el que nos ofrecía Edgar Morin, ayudan a comprender el 68 como punto de inflexión en la historia de los movimientos sociales. Como este insigne pensador observa (Morin, 1997: 103), ese año, pese a la derrota política sufrida, fue abriendo una «brecha» y ayudó a construir un «subsuelo», en cuyo espacio fueron pasando al primer plano del espacio público y del escenario político las denuncias de formas de dominación y destrucción hasta entonces relegadas a los márgenes en nombre de la «contradicción principal» capital-trabajo o de una

4. Por eso, una de las fotografías de la revuelta francesa más difundidas entonces fue la de dos jóvenes besándose junto a una barricada, simbolizando así esa fusión de ambas aspiraciones.

visión estrecha de «lo político» y de «la política». El feminismo, el ecologismo, la lucha por la liberación sexual, la contracultura en general, unidos a la crítica de otras instituciones como el ejército y las cárceles, pero también de los manicomios o las escuelas, pasaron a ser otros frentes de conflicto y de lucha que cuestionarían las relaciones de poder en el conjunto de la sociedad.

Un acontecimiento global

Pero, como hemos sostenido al principio, si bien el «Mayo francés» se convirtió en el referente fundamental de aquel año por su singularidad como conjunción de factores, de crisis y, sobre todo, de confrontación entre estudiantes y trabajadores, por un lado, y los poderes político, económico y mediático, por otro, conviene insistir en que esas jornadas se insertaban dentro de un «acontecimiento global» que tuvo sus manifestaciones en muy diversas partes y, a la vez, contribuyeron a su expansión y a su prolongación en los años siguientes.

Así, en EE.UU. se produjo una convergencia, no exenta de tensiones, entre el movimiento por los derechos civiles de la población negra, el movimiento estudiantil por la «libre expresión» iniciado en la Universidad de Berkeley en 1964 y, sobre todo, el cada vez más masificado movimiento contra la guerra de Vietnam⁵, sin olvidar el papel creciente que habían adquirido ya las corrientes «contraculturales» (de los beatniks a los hippies) o el papel pionero del feminismo norteamericano (que tuvo su estreno mediático con su protesta contra la proclamación de Miss América). La dureza de la respuesta del poder al proceso de confluencia que se estaba dando entre esos distintos procesos de radicalización tuvo sus expresiones más violentas y trágicas en los asesinatos de Malcolm X en 1965 y de Martin Luther King en abril de 1968 y en la represión indiscriminada contra el creciente número de manifestaciones que se extendió por todo el país, dirigidas todas ellas a resucitar el viejo «maccarthysmo» de la «guerra fría».

En Alemania, y especialmente en Berlín, se había ido conformando también un movimiento estudiantil crítico, tanto del «modelo» occidental como del «despotismo burocrático» existente en el Este, que se caracterizó por una recuperación del marxismo heterodoxo de la Escuela de Fráncfort, a través de Herbert Marcuse (con quien los estudiantes berlineses se habían encontrado y coincidido en el verano del 67, a diferencia de los enfrentamientos dialécticos que tuvieron con Adorno y Habermas), y por un profundo antiautoritarismo que

5. Según los datos de Daniele Barbieri (1988-1989: 68), en 1968 podían contabilizarse en EE.UU. alrededor de 200 000 desertores, 2752 prófugos encausados y casi 5000 en fase de instrucción judicial.

ponía, además, especial acento en el ensayo de nuevas formas de organización de la vida cotidiana (las «Comunas») y de la educación en la desobediencia desde las guarderías. El momento más relevante fue, probablemente, el Congreso Internacional de jóvenes en solidaridad con el pueblo de Vietnam que se celebró en Berlín, en febrero del 68, ya que consiguió reunir a activistas de muy distintos países europeos e incluso de EE. UU. (dos afroamericanos que habían estado en Vietnam intervinieron en el acto) y sirvió, además, de expresión simbólica de la sintonía que entre ellos y ellas se manifestaría en los meses posteriores (Alí, 2005: 262). Pero la respuesta de la «Gran Coalición» de la socialdemocracia y la Democracia Cristiana en el poder fue también muy beligerante, aliada además con el papel que ya jugaban entonces los grandes medios de comunicación, como el grupo Springer, acusado de promover el atentado que en abril del 68 sufrió Rudi Dutschke, uno de los principales activistas de ese movimiento.

El caso de Checoslovaquia puede ser visto hoy, en algunas reescrituras de la historia, como algo radicalmente diferente de lo que ocurría en Occidente, pero no era así entonces. También allí, como en Yugoslavia, Polonia o Hungría, los estudiantes se veían influidos y compartían las inquietudes y las críticas que se estaban expresando en París o en EE. UU. frente a la política de bloques impuesta por las grandes potencias tras el final de la Segunda Guerra Mundial; o se reconocían en una «contracultura» que llegó a reflejarse incluso en el Festival Mundial de la Juventud, que se celebró en mayo del 68 en Praga⁶. En esa convergencia lo que se fue manifestando no era la apuesta por la restauración del capitalismo sino, más bien, la exigencia de otro tipo de socialismo, no sólo entre los estudiantes sino también entre los trabajadores, que se basara en una democracia radical, en su construcción desde abajo, tal como se reflejaba con mayor claridad en manifiestos como el de la juventud «por una sociedad socialista desembarazada de la burocracia y fundada en los consejos obreros» (Samary, 2008: 269). Se configuró así un movimiento que aspiraba a ir más lejos de lo que entonces intentó un ala de la burocracia en el poder, sólo interesada en una autorreforma parcial que hiciera compatible el sistema de partido único con cierta apertura al mercado. La ruptura brutal de la «primavera de Praga» por los tanques del Pacto de Varsovia cortó de raíz un proceso que, sin duda, habría abierto una ventana de oportunidad para avanzar hacia otro socialismo distinto del que, a partir de entonces, el dirigente soviético Leónidas Brejnev definió oficialmente como «socialismo real».

6. Andrei Gratchov, entonces representante de la juventud comunista rusa en ese Festival, recordaba, treinta años después, esa experiencia: «Fui a Praga en mayo. Era, dice, Woodstock en territorio socialista: los beatniks en la plaza del ayuntamiento, el sol, delegaciones venidas de todos los rincones del mundo, un hervidero permanente de pensamiento. Estábamos en un país hermano pero ese país era una isla de libertad. No habíamos vivido nunca algo así y todo, sin embargo, ocurría en territorio socialista: estábamos borrachos de la Primavera» (citado por Samary, 2008: 268).

México fue otro ejemplo de la radicalización de un estudiantado en un ciclo de protestas que se inició a finales de julio de aquel año, a partir de la represión contra una manifestación en solidaridad con la revolución cubana. Se inició así una larga Huelga General, con un grado de autoorganización elevado, a través de un Consejo Nacional de Huelga, que duró hasta el 2 de octubre, día en que se produjo la matanza cometida por el ejército en la plaza de Tlatelolco, que provocó entre trescientos y cuatrocientos muertos, en vísperas de los Juegos Olímpicos que se celebraron en México DF a partir del 7 de octubre⁷. Sergio Rodríguez nos ofrece una valoración de la dimensión, profundamente política, de ese movimiento:

Pero lo que marcó la dinámica del movimiento fue esa especie de conciencia colectiva que decía NO a la forma tradicional en que se entendía y se aplicaba la política en nuestro país. Esa voluntad en contra de negociar en lo oscuro (...); en contra de depender financieramente de algún ala del poder o de la burguesía; esa decisión de auto-dirigirse y auto-organizarse; esa decisión de discutir todo en asambleas y convertir a los miembros del Consejo Nacional de Huelga (CNH) en delegados de esas asambleas, [fue] lo que permitió hacer realidad una de las consignas fundamentales del movimiento: «El CNH somos todos»; esa voluntad de salir a la calle, subirse a los transportes, ir a los mercados, ir a los talleres, recorrer toda la ciudad a pie para explicar, oír, tomar contacto (2008: 194-195).

Italia constituye quizás la mayor demostración del «largo 68», precisamente porque, aunque en ese mismo año no se produjo un proceso similar al francés, fue en los años siguientes cuando la radicalización estudiantil y obrera se fue intensificando, hasta el punto de generar lo que se dio en llamar un «mayo rampante», ya que la confrontación con el poder (cuya «estrategia de la tensión» empezó ya en diciembre de 1969, con la matanza de Piazza Fontana en Milán, como ha recordado recientemente Toni Negri (Vogel, 2008: 23)) duró más que en otras partes, con su punto álgido en el «movimiento de 1977» y llegando incluso hasta el año 79. Su desenlace fue igualmente negativo para el movimiento en el plano político, con la consiguiente dosis de divisiones y búsquedas de atajos, incluida la lucha armada (con las Brigadas Rojas), como también ocurrió en Alemania (con la Fracción Armada del Ejército Rojo), que condujeron a un callejón sin salida y a una dura represión.

Podríamos referirnos a otros países como Japón (con el movimiento estudiantil Zengakuren y las protestas contra la base militar estadounidense en Okinawa como expresiones más representativas), Venezuela (donde la Universidad de Maracaibo fue ocupada

7. En esos mismos Juegos hubo dos actos de protesta muy significativos: el de los dos atletas negros estadounidenses haciendo el saludo del «poder negro» desde el podio de ganadores y el de la atleta checoslovaca también premiada que, al escuchar desde el mismo podio el himno soviético, cruzó su pecho con el brazo en señal de duelo por la ocupación de su país.

por el ejército), Holanda (con un peso más contracultural, de los provos a los kabouters), Inglaterra (en donde también hubo una intensa movilización contra la guerra de Vietnam), Irlanda del Norte (con las protestas, duramente reprimidas, del movimiento por los derechos civiles), Argentina (donde los estudiantes se manifestaron contra el segundo aniversario de la dictadura del general Onganía) o, por no ir tan lejos, el Estado español. Por todas partes se fue expresando lo que el sociólogo Daniel Bertaux definió como «una misma y común subjetividad», más allá de las «obvias diferencias de estilo, contenido, demandas y formas de discurso» (Bertaux, 1990: 153).

En el caso español era lógico que en el nuevo movimiento estudiantil, que se desarrolló a partir, sobre todo, del curso 1964-65 y culminó en el año 68, pesara fundamentalmente su dimensión antifranquista. Pero también aquí llegaron a expresarse, cada vez con mayor difusión, los sentimientos antiimperialistas, antiautoritarios y anticapitalistas de, al menos, una minoría muy activa de ese movimiento, al calor precisamente de lo que ocurría en Francia, del referente vietnamita o de la identificación con el Che Guevara. El recital de Raimon en la Facultad de Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, el 18 de mayo, quedaría como el recuerdo más emblemático de ese «mayo español», modesto en comparación con el país vecino, pero insólito por la fuerza que alcanzó dadas las condiciones represivas en que se desarrolló. El estado de excepción de enero de 1969, tras el asesinato policial de Enrique Ruano, miembro de una organización (el Frente de Liberación Popular) cuyo sector juvenil se definía como «guevarista», frustró bruscamente la tendencia al «contagio» de esas nuevas ideas y prácticas en el joven movimiento obrero, que desde 1962 se había ido desarrollando. No fue casual que el entonces ministro de Información y Turismo de la dictadura, Manuel Fraga Iribarne, invocara, aunque fuera de forma exagerada, como justificación de ese estado de excepción que «es mejor prevenir que curar, no vamos a esperar a una jornada de mayo para que luego sea más difícil y más caro el arreglo» (Pastor, 2008: 297).

«Mayo 68, inicio de una lucha prolongada». Un nuevo ciclo histórico

El año 68 (o «Los años 68», tal como se propone desde una amplia y diversa historiografía⁸) representa, por tanto, un punto de inflexión en la historia contemporánea similar a lo que significó anteriormente 1848, como también propone Wallerstein, y encuentra en el «Mayo francés» su alcance más político, no pudiendo ser reducido a las tergiversaciones

8. Me remito, por ejemplo, al título de la obra coordinada por Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarini-Fournel: *Les Années 68. Le temps de la contestation* (Complexe, Bruxelles, 2000), resultado de cuatro años de actividad de un seminario de investigación promovido por el Institut d'Histoire du Temps Présent en Francia (sus Actas están disponibles en <http://irice.cnrs.fr/spip.php?article185>).

y caricaturas a las que recurren muchos de sus adversarios. Negar esa dimensión política y relegarlo a un plano cultural, insisto, es ignorar que «en Mayo todo ocurrió políticamente, siempre que entendamos “política” como algo con poca o ninguna relación con lo que en aquel entonces se denominaba “política de los políticos”, es decir, la política especializada o electoral» (Ross, 2008: 46). Por eso mismo marca el inicio de un nuevo ciclo de luchas y de movimientos sociales de nuevo tipo que se va extendiendo a la mayor parte del planeta y, a la vez, plantea nuevos desafíos tanto a los poderes establecidos como a quienes se enfrentan a ellos. Porque no olvidemos que si, por un lado, aquéllos no tardan en extraer lecciones de esas jornadas –entre ellas, la amenaza del retorno de un horizonte revolucionario al corazón del capitalismo–, la «vieja izquierda» también se ve directamente afectada por un movimiento que ha cuestionado tanto el referente «socialista» del Este como su conservadurismo institucional, común a la socialdemocracia y a los partidos comunistas tradicionales.

Porque, si bien, como escribiría posteriormente Adolfo Gilly (2002: 65), sólo se produjo una «ruptura en los bordes» y el «núcleo duro» resistió el embate, no por ello transcurrieron luego unos años –reflejados más tensamente en el caso italiano– en los que no estuvo claro hacia qué lado ni cuándo ni cómo se iría inclinando la balanza en las nuevas relaciones de fuerzas creadas tras aquel acontecimiento global. Cabría discutir si ese cambio se produjo, por ejemplo, tras el golpe de estado de Pinochet contra la experiencia del gobierno de Unidad Popular de Allende en Chile en septiembre de 1973, después del retorno al «orden» de la revolución portuguesa en noviembre de 1975, como consecuencia del «golpe de estado» de la subida de los tipos de interés en 1979, o, en fin, tras las derrotas del movimiento obrero durante la década de los 70 en los principales países capitalistas. En todo caso, fue en esos años, en coincidencia con la crisis económica y energética de 1971-1973 y la crisis de hegemonía de EE. UU. a raíz de su derrota en la guerra de Vietnam y de la agravación de la competencia intercapitalista, cuando se fueron sentando las bases de una «contrarrevolución preventiva» al servicio de otro régimen de acumulación capitalista, cuyos éxitos han llegado hasta nuestros días, con el consiguiente y gradual desmantelamiento de los Estados de bienestar en Occidente, la restauración del capitalismo en la URSS y Europa del Este, y el proceso de despojo de los bienes comunes de los pueblos del Sur por los grandes poderes económicos transnacionales.

Pero, precisamente, porque, pese a todos esos avances, la «brecha» y el «subsuelo» del 68 no se han cerrado, no ha sido casual que en las sucesivas conmemoraciones que se han ido produciendo haya aparecido sistemáticamente, incluso en esta ocasión con mayor fuerza, la obsesión de muchos (Sarkozy, Benedicto XVI, Aznar, entre ellos) por «enterrar el 68». En realidad, con ese tipo de discursos se viene a reconocer que, aun tras todas las

derrotas sufridas, el «espíritu del 68» ha seguido vivo a través de los diferentes movimientos sociales que han ido emergiendo desde entonces y que hoy tienen, en el «movimiento de movimientos» antiglobalización, su expresión más global. La explicación de esta capacidad de supervivencia podría explicarse con la metáfora de las cenizas y las brasas que nos propone Daniel Bensaïd (2008: 21): éstas últimas seguirían vivas y es gracias a ellas que aquel «espíritu», entendido como signo de rebeldía frente al (des)orden existente, presentado como el único posible, no puede ser liquidado y ha permitido que su «testigo» haya sido llevado por quienes no han doblado la cabeza ante los hechos consumados y lo están transmitiendo hoy a una nueva generación.

Quizás sea el caso francés el más representativo hoy de esa tensión entre los avances logrados por la «contrarrevolución preventiva», por un lado, y la supervivencia del «espíritu del 68», por otro, a propósito de la derogación o no de la ley de 35 horas en ese país, ya que en cierto modo tiene que ver con ese eslogan heredado del 68 que proponía «trabajar menos para trabajar todos y todas». No creo que haga falta insistir en que las nuevas directivas de las 65 horas o la de «retorno» contra la «inmigración ilegal» de la UE marcan, además, sendos saltos atrás en la historia de lo que ha sido el avance progresivo del movimiento obrero hacia la reducción del tiempo de trabajo y la igualdad de derechos de «nacionales» y «extranjeros». Pues bien, pese al nuevo populismo del «miedo y la inseguridad ciudadana» y a la nueva demonización del «izquierdismo», en una encuesta realizada a comienzos de 2008 en Francia sobre la significación de Mayo del 68, una mayoría de las personas encuestadas (el 74%) se mostraba en desacuerdo con el propósito de Sarkozy de liquidarlo y un 77% sostenía que habría estado de nuevo al lado de los estudiantes y los huelguistas frente a las «fuerzas del orden»⁹.

Fue, precisamente, en torno a demandas y propuestas dirigidas a cuestionar el concepto estrecho de «trabajo» y a revalorizar los distintos tiempos de vida, como, ya entonces, se trató de buscar fórmulas capaces de asociar lo que Boltanski y Chiapello han definido como «crítica social» y «crítica artística» del capitalismo: la primera iba dirigida a la denuncia del mismo como fuente de la miseria y las desigualdades, pero también del oportunismo y del egoísmo; la segunda se centraba en el rechazo del mismo como fuente de desencanto y de inautenticidad y de opresión en las distintas esferas de la sociedad y de la vida cotidiana. El relativo éxito del «nuevo espíritu del capitalismo» neoliberal habría estado en haber logrado ir disociando ambas, buscando así diluir la crítica social y desviar la «artística», en función de sus propios intereses mercantilizados, mediante una diversidad

⁹. Se trata de un sondeo encargado por el conocido semanario *Le Nouvel Observateur*, publicado en su número 2264, de abril de 2008.

de recursos, como la deconstrucción del mundo del trabajo mediante la individualización (y el «autocontrol») de las relaciones laborales (y los conceptos que le acompañan: «flexibilidad», «empleabilidad»...) y la «liberación» a través del consumo. De esta manera, la voluntad de «transformar el mundo» a través de un «nosotros/as» colectivo se habría visto desplazada gradualmente por la mera satisfacción individual de «cambiar de vida», al menos entre amplios sectores de capas medias y trabajadoras de los países del «centro» de la economía-mundo. No obstante, como los mismos Boltanski y Chiapello (2008: 654) proponen, es hora ya de recuperar y reanudar la «crítica social», sin por ello tener que abandonar la «crítica artística» siempre que vaya asociada a aquélla.

En efecto, el panorama que hoy nos ofrece la crisis global del neoliberalismo no obliga a «liquidar el 68» sino, más bien, a recordar aquello por lo que entonces se luchaba y compararlo con la situación actual. Como sostiene Daniel Bensaïd refiriéndose al caso francés:

Queríamos un mundo donde el derecho a la existencia se impusiese sobre el derecho a la propiedad, el poder popular sobre la dictadura del mercado, la lógica de las necesidades sobre la de los beneficios, el bien público sobre el egoísmo privado. El social-liberalismo en el poder (...) ha conseguido justamente lo contrario. Nosotros gritábamos «Abajo las fronteras» y «Todos somos judíos alemanes». Y la izquierda en el gobierno hostiga a los sin-papeles y su Europa liberal se ha blindado de torretas y centros de retención. Nos regocijamos de alegría viendo la Bolsa arder, y los sesentayochistas reconvertidos determinan hoy su humor con la curva del CAC 40 (índice bursátil francés) (2008: 54).

Existen, por tanto, poderosas razones para justificar la reivindicación de la subjetividad rebelde que se expresó en el 68, no como mero ejercicio de nostalgia, sino como apelación a volver a construir un nuevo «Gran Rechazo» que, esta vez sí, habiendo aprendido de las limitaciones y errores de aquella experiencia, pueda abrir camino a ese «otro mundo posible», convertido en una necesidad perentoria ante el rumbo desbocado, ecocida y suicida al que está conduciendo esta ya larga onda de la «contrarrevolución preventiva», iniciada a comienzos de la década de los 70 del pasado siglo. Porque, como nos recordaba mucho tiempo después Guy Debord (1999: 95), lo que hizo el 68 fue hacer perder a la «sociedad moderna» su «aire de inocencia», demostrarle que ya no era amada y que a partir de entonces, a medida que era gobernada por una «mafia global», iría renunciando a sus sueños para ser simplemente temida... por la pesadilla permanente a la que está arrastrando al conjunto de la humanidad y al planeta entero. Ahora que las promesas de la «globalización feliz» están viéndose incumplidas, esa profecía de uno de los animadores de la Internacional Situacionista se ve trágicamente confirmada.

Es verdad que ya no podemos contar con muchas de las certezas de entonces y que las bases de ese «otro mundo posible» están todavía por reconstruir, pero no faltan ejemplos de que se están abriendo nuevas «brechas» y «subsuelos» en el «Sur» y en el «Norte», desde los cuales se van forjando nuevas formas de solidaridad entre los y las de abajo para poder seguir una brújula (Wright, 2006), que nos marque un horizonte capaz de evitar la resignación, la apatía o el cinismo político en los que cayeron muchos y muchas de la gente rebelde de entonces. Porque incluso a quienes sostienen las lecturas e interpretaciones más pesimistas y negativas de la «herencia» del 68, siempre se les podrá responder con la sentencia de Don Durito de La Lacandona: «cuando parece que no queda nada, quedan los principios»; con ellos habrá que esforzarse para que, por fin, la esperanza venza al miedo en este siglo XXI.

Bibliografía

- Alí, Tariq (2005): *Años de lucha en la calle. Una autobiografía de los sesenta*. Madrid: Foca.
- ARON, Raymond (1968): *La révolution introuvable*. Paris: Fayard.
- BARBIERI, Daniele (1988-1989): «Soldados norteamericanos: la quiebra del frente interior», *Mientras Tanto*, N.º. 36-37, Barcelona, pp. 67-70.
- BENSAÏD, Daniel (2008 a): «1968: Finales y consecuencias». En: M. Garí, J. Pastor & M. Romero (eds.): *1968. El mundo pudo cambiar de base*. Madrid: Los libros de la catarata-Viento Sur, pp. 19-28.
- _____. (2008 b) «Mayo, Sí (caso no archivado)». En: M. Garí, J. Pastor & M. Romero (eds.), op. cit., pp. 39-56.
- BERTAUX, Daniel (1990): «Oral history Approaches to an International Social Movement». Eese Oyen (ed.): *Comparative Methodology: Theory and Practice International Social Research*. Londres: SAGE, pp. 151-171.
- BILOUX, Alexandre (1988-89): «Revuelta en las fábricas. El obrero se rebela contra el poder y también contra los sindicatos», *Mientras Tanto*, N.º. 36-37, pp. 95-102.
- BOLTANSKI, Luc & CHIAPPELO, Eve (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- DEBORD, Guy (1999): *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo*. Barcelona: Anagrama.
- FRASER, Ronald (1988): *1968. Student Generation in Revolt*. Londres: Chatto and Windus.
- GILLY, Adolfo (2002): *El siglo del relámpago. Siete ensayos sobre el siglo XX*. México: La Jornada Ediciones.

- MORIN, Edgar (1987): «Complejidad y ambigüedad», *Debats*, N°. 21, València, Edicions Alfons el Magnànim, pp. 100-104.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio (2008): «Praga y Memphis en Mayo», *El País*, 19 de abril, Babelia, p. 10.
- PASTOR, Jaime (2008): «El movimiento estudiantil bajo la dictadura franquista y el 68 español». En: M. Garí, J. Pastor & M. Romero (eds.), op. cit., pp. 283-298.
- ROSS, Kristin (2008): *Mayo del 68 y sus vidas posteriores. Ensayo contra la despolitización de la memoria*. Madrid: Acuarela y A. Machado.
- SAMARY, Catherine (2008): «Europa del Este y la URSS». En: M. Garí, J. Pastor & M. Romero (eds.), op. cit., pp. 256-279.
- VIGNA, Xavier (2007): *L'insubordination ouvrière dans les années 68. Essai d'histoire politique des usines*. Rennes : Presses Universitaires de Rennes.
- VOGEL, Steffen (2008): «Retour sur les «années de plomb». Entretien avec Toni Negri», *Revue Internationale des Livres et des Idées*, N°. 5, pp. 23-27.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1993): «1968: revolución en el sistema-mundo», *Viento Sur*, N°. 9, Madrid, pp. 97-110.
- WRIGHT, Erik Olin (2006): «Los puntos de la brújula», *New Left Review*, N°. 41, Madrid, pp. 81-109.